

Los asesinos.

Algunos meses después de aquella noche de reconciliación, y al obscurecer de la tarde del 23 de Noviembre de 1407, dos hombres á caballo se detuvieron en la calle de Barbette, frente á la casa de la imagen de la Virgen; miraron en torno suyo, como para reconocer bien dónde estaban, y uno de ellos dijo al otro:

— Aquí es.

Echaron entonces pie á tierra, pusieron sus cabalgaduras debajo de un sotechado que allí había, ataron las bridas á los postes que le sostenían y se pusieron á pasear en silencio bajo la bóveda. Á breve rato llegaron otros dos hombres, hicieron el mismo examen, apeáronse de sus caballos como los primeros, y viendo relucir

armaduras en la obscuridad, se reunieron á los que las llevaban. No se habían pasado diez minutos, cuando se oyó el ruido de otros que llegaban; en fin, al cabo de media hora aquella partida, que se había ido aumentando poco á poco, se componía de diez y ocho personas.

Estaba ya completa hacía un cuarto de hora, cuando se dejó percibir el ruido de un caballo á galope en lo alto de la calle. Al tiempo que el jinete pasaba rápidamente llevado por los bríos de su corcel, delante de la casa de la imagen, salió una voz del sotechado y le gritó:

— ¿ Sois vos de Courteheuse ?

— El mismo, contestó el jinete tirando de la rienda á su caballo. ¿ Quién llama, amigo ó enemigo ?

— Amigo, repuso el que parecía jefe de aquella gente.

Salió de la obscuridad donde estaba oculto, y acercándose á sir Tomás de Courteheuse le dijo:

— Vamos, ¿ estamos dispuestos ?

Y dejó caer la mano sobre el pescuezo del corcel.

— ¡ Ah ! ¡ eres tú, Raoulet de Octuville ! exclamó el caballero. ¡ Bien ! ¿ estás ahí con tu gente ?

— Sí, y hace una media hora larga que os aguardamos.

— Ha habido retardo en dar la orden; creo que falta el ánimo en el momento de obrar.

— ¿Cómo es eso? Pues qué, ¿renuncia á su proyecto?

— No tal.

— Y hace bien, porque tomaría yo el asunto á mi cargo. No he echado en olvido que ese duque, que Dios confunda, me quitó durante su regencia un beneficio de órdenes regulares con que el rey me honró por mediación del duque Felipe de Borgoña. Soy normando, sir Tomás, y excuso decirlo que le guardo rencor; puede contar por el nombre que tengo con dos buenas puñaladas de mi daga: la primera, por la promesa que he hecho al duque, y la segunda, por el juramento que me hice á mí mismo.

— Continua con esas buenas disposiciones y trata de dar caza á la fiera, porque ya empezó el ojeo, y dentro de un cuarto de hora á más tardar te la traeré por aquí.

— Anda, pues... dijo Raoullet dando una palmada en la grupa del caballo, que echó otra vez á galope.

Y volvióse á meter bajo el cobertizo.

Dejemos el caballero seguir su camino, y entremos en la nueva morada de la reina.

Era ésta un reducido pero gracioso edificio que había comprado al señor de Montaigne, y al que se había retirado cuando el rey, en un raptó de locura, la había herido las manos con su espada: desde entonces no había vuelto á pisar el palacio de San Pablo, á no ser en ocasión de alguna solemnidad, sin querer permanecer en él más que el tiempo preciso para cumplir con la etiqueta: de este modo, además, se oponían menos obstáculos á sus amores con el duque.

En la tarde de aquel mismo día se hallaba la reina en su retiro, como de costumbre, pero se había visto obligada á hacer cama á consecuencia de una ligera indisposición. El duque de Orleans estaba sentado á la cabecera de su lecho, y acababan de servirles una exquisita cena, que había sido amenizada por el buen humor del duque, cuando Isabel, mirando á su amante con ojos lánguidos á la par que amorosos, le dijo:

— Duque, luego que esté enteramente restablecida, deseo que me deis una cena en vuestro palacio, ni más ni menos como la que yo os he dado esta noche, y entonces os pediré un favor.

— Decid que me prescribiréis una orden, hermosa Isabel, contestó el duque, y añadid que la ejecutaré de rodillas.

— Eso no es verdad, Orleans, prosiguió la reina fijando en él sus miradas con aire de duda; tengo mis miedos de que cuando sepáis lo que quiero de vos, me lo neguéis redondamente.

— No podéis pedirme nada que me sea más caro que la vida, y ya sabéis que mi vida es vuestra.

— ¡Mía!... y de la Francia: cada cual tiene derecho para reclamar su parte, y creo que es cosa que no dejan de hacer muchas damas de mi corte.

El duque se sonrió.

— ¡Celos! dijo.

— ¡Oh! nada de eso, curiosidad únicamente, pero como ya sabéis que ese es un defecto que me domina, desearía entrar en cierto gabinete contiguo á la alcoba del duque de Orleans, donde me han dicho que ha mandado colocar los retratos de todas sus queridas.

— Pero... ¿para qué?...

— Para saber si estoy allí entre gente digna de mí.

— Si llega ese caso, Isabel mía, os veréis allí sola como lo estáis en mi corazón y sobre mi corazón.

Á estas palabras sacó del pecho el retrato de la reina, que ella misma le había dado.

— ¡Oh! hé ahí una prueba que no aguardaba

por cierto. ¡Cómo! aun conserváis esa miniatura?

— Y no se separará de mi hasta la muerte.

— No habléis de muerte, duque; acabo de sentir al oír esa palabra un frío glacial en las venas, un vértigo que me ofusca la vista. ¿Qué es esto? ¿quién entra aquí? ¿quién es?

— Sir Tomás de Courteheuse, ayuda de cámara del rey, pregunta por el señor duque, respondió el paje que acababa de abrir la puerta.

— ¿Dais permiso para que entre, señora y reina mía? dijo el duque.

— Sí, ciertamente; ¿pero qué es lo que quiere? Yo no sé por qué, estoy toda trémula.

Messire Tomás entró en la estancia.

— Señor, dijo inclinándose, el rey manda que sin perder tiempo acudáis á palacio, porque quiere hablaros con urgencia sobre cosas que conciernen muy particularmente á S. A. y á vos mismo.

— Decid al rey que sigo vuestros pasos, contestó el duque.

Tomás volvió á montar á caballo y salió á galope, dando estas voces al pasar por delante de la casa de la Virgen:

— ¡Al acecho, Raoulet! ¡ahí está la fiera!

En seguida desapareció.

En el mismo instante se sintió un movimiento

confuso bajo el sotechado; oyóse el choque de hierro contra hierro, porque todos montaban á caballo; después cesó el ruido de repente y volvió á reinar el mayor silencio.

Al cabo de algunos minutos fué interrumpido por el sonido de una voz dulce y agradable que se oía hacia el lado de la calle del Temple, y que cantaba un poema de Froissar: púdose apercibir poco después al cantor, porque iba precedido por dos lacayos con teas encendidas: delante de ellos caminaban dos escuderos montados sobre el mismo caballo, y detrás de él venían dos pajes y cuatro hombres armados. El cantor vestía una gran túnica de damasco negro, montaba una mula que cabalgaba al paso, é iba jugando con el guante, tirándole al aire y aparándole después en la mano.

Hallábanse á alguna distancia del cobertizo, cuando el caballo de los dos escuderos empezó á inquietarse y relincho: otro relincho que salió del sotechado contestó como un eco.

— ¿Quién va allá? exclamaron los escuderos.

Nadie respondió.

Arrearon entonces al caballo con las dos rodillas y se les puso de manos; hincáronle el acicate, y dando un bote salió desbocado como si corriese á través de un incendio.

— Agárrate bien, Simón, gritó el cantor riendo, y avisa mi llegada al rey, porque si vas á ese paso, estarán allí una hora antes que yo.

— ¡Él es! exclamó una voz que salta del sotechado; y se precipitaron en la calle una veintena de hombres á caballo.

Fuése uno de ellos derecho al duque gritando: ¡muera! ¡muera! y descargóle un hachazo que le echó abajo la muñeca.

El duque lanzó un doloroso gemido, añadiendo:

— ¿Qué es esto? ¿qué quiere decir esto? Yo soy el duque de Orleans.

— Pues ese es el que buscamos, respondió el mismo hombre que le había herido.

Y asentándole un segundo hachazo, le dividió todo el lado derecho de la cabeza, desde la frente hasta la mejilla.

El duque dió un quejido, y cayó.

Enderezóse, sin embargo, sobre las rodillas: pero entonces todos se echaron sobre él, descargando cada cual con armas diferentes, unos con espadas, otros con mazas, éstos cosiéndole á puñaladas con sus dagas; un paje alemán que quiso defender al duque, cayó sobre él herido mortalmente y los golpes menudeaban sobre el pobre

niño y su amo : el otro paje, herido ligeramente de una estocada, se refugió en una tienda de la calle de los Rosiers pidiendo á voces socorro. La mujer de un zapatero abrió su ventana, y viendo veinte hombres que herían á dos, empezó á vocear contra los asesinos.

— ¡ Calla, maldita !... la gritó uno de ellos; pero no hizo caso.

Y sacando una saeta del carcaj la apuntó : el dardo partió y vino á clavarse en la puerta-ventana que tenía entreabierta.

Andaba entre los asesinos un hombre con la cabeza cubierta con una caperuza encarnada que le tapaba el rostro : aquel hombre no hería, pero miraba cómo herían. Cuando vió que el duque estaba ya sin movimiento, levantó una tea que ardía en el suelo, y acercándosela á la cara :

— Bien, exclamó ; está muerto.

Al mismo tiempo arrojó la tea encima de un montón de paja que había junto á la pared de la casa de la imagen de Nuestra Señora : la llama prendió con rapidez ; montó entonces á caballo, y gritando ¡ fuego ! echó á galope, tomando la calle que desemboca frente á los jardines del palacio de Artois. Sus compañeros le siguieron gritando como

él ¡ fuego ! ¡ fuego ! y tirando detrás de sí abrojos (1) para que no los persiguiesen.

Entretanto los dos escuderos, habiendo conseguido sosegar al caballo, le hicieron volver grupa y le encaminaban hacia el sitio donde tanto se había asustado : cuando vieron la mula del duque de Orleans que corría sin jinete, creyeron que le habría arrojado al suelo, y cogiéndola por la brida, la trajeron hasta enfrente del cobertizo. Allí descubrieron á la luz del incendio el cadáver del duque ; á los pocos pasos estaba la mano cortada y en el arroyo parte de su cerebro.

Entonces corrieron á la morada de la reina prorrumpiendo en grandes voces, y entraron en el edificio pálidos y arrancándose los cabellos. Al punto hicieron pasar á uno de ellos á la estancia de Isabel, la cual le preguntó qué era lo que había.

— Un horroroso desastre, exclamó : el duque de Orleans acaba de ser asesinado en la calle Barbette, frente á la casa del mariscal de Rieux.

(1) Son unas piezas de hierro en forma de abrojos, que tienen tres ó cuatro puas de otras tantas pulgadas de largo, una de las cuales queda siempre hacia arriba, y que servían antiguamente para embarazar el paso al enemigo.

Isabel palideció súbitamente; pero recobrándose en seguida cogió con una mano un bolsillo lleno de oro que tenía bajo su cabecera, y agarrando con la otra á aquel hombre por el brazo, le dijo:

— ¿ Ves este bolsillo? pues es tuyo si haces lo que te voy á decir.

— ¿ Qué he de hacer? preguntó el escudero.

— Irás corriendo adonde está tu señor, antes que nadie toque á su cadáver, ¿ entiendes?

— Sí; ¿ y después?

— Después, le arrancarás de encima del corazón un retrato mío que lleva oculto en el pecho.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

	Pág.
PRÓLOGO	5
I. — La reina Isabel	9
II. — Odetta	47
III. — El torneo	72
IV. — El reto	95
V. — Crimen y expiación	116
VI. — Asesinato del condestable	139
VII. — La locura del rey.	166
VIII. — La Abadesa	195
IX. — Mejora la salud del rey	216
X. — El baile de Máscaras.	227
XI. — Muerte de Odetta.	248
XII. — Batalla desigual	262
XIII. — La vuelta de los prisioneros	294
XIV. — La tempestad	309
XV. — Los asesinos	328